

## LA PRESIDENCIA

7:30 h del día en cuestión.

Umbrino Girondo había dormido mal y el motivo no era otro, ni mas ni menos, que la tan temida reunión de vecinos. Pero este año ya se libraba de la presidencia. Sólo tenía que entregar las cuentas y se acabó la pesadilla.

Hay que joderse, pensaba mientras se vestía para ir a la portería que le habían ofrecido llevar cuando se quedó sin trabajo. Hoy iba a ser especialmente difícil tener que cruzarse con todos los vecinos sabiendo que tenía que hacer el traspaso de poderes y que no se lo iban a poner fácil.

9:00 h.

La primera vecina con la que se cruzó fue la del salón de belleza, Liset, cuando se dirigía a abrir su negocio. Se saludaron e intercambiaron miradas pero como si no quisieran mirarse. Esta colombiana recauchutada que inundaba el portal con el olor a cera quemada le había dado a Umbrino más de un quebradero de cabeza por las protestas de los demás vecinos a propósito del olor. Pero aún recordaba el masaje integral que le dio una de las veces que fue a transmitirla estas quejas. Con esas manitas tan pequeñas hizo maravillas. ¡Que tarde la de aquel día!

10:00 h.

Un mensajero apareció con un paquete medianamente voluminoso que venía a nombre de Roberto Revueltas, el del 4º derecha, paquete del que, por supuesto, tenía que hacerse cargo Umbrino. Firmó y lo dejó en la portería para dárselo por la tarde cuando viniera de trabajar.

Aunque al principio le dijo que estaba un poco harto de los paquetitos de marras y que no era su cometido responsabilizarse de éstos, Roberto Revuelta era todo labia y, como además era corredor de bolsa, le embaucó con un par de consejos respecto de unas acciones, asegurándole que su valor se triplicaría en un mes. No se le ocurrió otra cosa que invertir el remanente obligatorio de la comunidad. No fue un mes sino que fueron dos meses horribles los que pasó Umbrino hasta que recuperó el montante, triplicado efectivamente.

Por supuesto se quedó con las dos partes sobrantes y repuso lo perteneciente a la comunidad. Fue el principio de una sociedad colaborativa cuasi obligatoria porque el avispa de Revuelta se percató, viendo como Umbrino sudaba amoniacos esos meses, de que el dinero que invirtió no era suyo y, postulándose como confidente, éste se lo confesó. La cosa se repitió, pero claro, ahora las ganancias se repartían no al 50%, como creía el incauto de Umbrino, si no al 30%-70%.

13:00 h.

Manuela Gil, la del 3º izquierda, entró en el portal con los niños y éstos, como siempre, venían corriendo, gritando y peleándose. Manuela era una mujer con un encanto especial. Su marido era comercial y estaba siempre viajando. La pobre no daba abasto con todo y algunas veces recurría a Umbrino para pequeñas reparaciones. Que si un grifo que goteaba, que si una puerta que no cerraba bien y así, hasta que una mañana, para agradecérselo, le invitó a tomar bizcocho que había hecho con un café y Umbrino esa mañana y muchas otras también reparó la soledad de Manuela. Una soledad que demandaba cada vez más la atención de Umbrino y que ya era puro vicio, pero cada vez que éste intentaba esquivarla o convencerla de que era peligroso y de que no estaba bien, Manuela se ponía a llorar y no había manera.

14:00.

El señor Gonzalo llegó de comprar. El pobre no andaba muy fino de la cabeza y le repetía todos los días la misma historia: que el fantasma del mercado cada noche hacía desaparecer un puesto. Ese día había sido Casa Alberto, que es donde él compra las frutas, y por eso no había

podido encontrarlo. A Umbrino le da pena, por lo que le sube la compra hasta el 2ª derecha, donde vive.

Así iba sumando Umbrino favores en el debe que le quitaban el sueño y que hacían de su presidencia una tarea que no le arrendaba las ganancias.

17:00 h.

Como en todas las comunidades estaba el tocapelotas de turno, el sabiondo legalista que siempre estaba amenazando con denunciar por todo. Ramiro Pambendito se presentó en la portería con cara de perro y advirtió a Umbrino de que si no le permitía tirar la terraza para unirla al salón se iban a enterar de todos sus tejemanejes. Ramiro Pambendito era el típico alcahuete que estaba todo el día cotilleando y que, no se sabe cómo, acababa enterándose de todo. Y vaya que lo sabía. Fue soltando todo el veneno y, aunque le faltaban datos, dio buena cuenta de todo ello a Umbrino, de sus apaños con el de los paquetes, de sus visitas a la del 3º izquierda abandonando la portería y de que la del salón de belleza le tenía comprado de alguna manera para que no la obligase a cerrar la puerta que daba al portal y saliesen todos los olores. Suficiente para verter sospechas y complicarle la vida.

19:00 h.

Como era costumbre, en primera convocatoria aún no estaban todos los vecinos. Habían llegado los más formales y normalitos, pero faltaban los que cortarían el bacalao.

Umbrino estaba sentado en la mesa con las carpetas encima, agarrándolas como si fueran a escaparse. No iba a amilanarse ahora. Tenía que tirar para adelante como fuera y, además, contaba con sus cómplices-acreedores.

21:00 h.

Bueno, en fin. La cosa no había ido tan mal. Se leyeron las cuentas. Todo cuadraba, es más, había un superávit. Se aprobó la obra de Ramiro Pambendito por un 60% a 40% y, como al que le tocaba asumir la presidencia era a Roberto Revueltas, éste delegó, por motivos de trabajo, y propuso a Umbrino por su magnífica gestión, el cual, por supuesto, fue reelegido.

7:30 h del día siguiente.

Umbrino Gironde había dormido mal y este primer día de su nuevo mandato no sabía calibrar si su suerte estaba en el debe o en el haber.